

Varios, **Las crisis en el sistema político mexicano (1928-1977)**, México, El Colegio de México (Centro de Estudios Internacionales), 1977, 217 pp.

El Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México ha venido ofreciendo destacadas contribuciones al estudio de nuestra realidad política nacional. Prueba de ello es esta serie de ensayos guiados, según reza su propia introducción, por el cometido de buscar perspectivas teóricas que permitan “descubrir en lo concreto, ya sea histórico o actual, los elementos y las variables del funcionamiento del sistema político de México”.

Como el título mismo lo anuncia, los trabajos están abocados al análisis de dos grandes crisis políticas: aquella padecida a finales de los años veinte y que desembocara en la formación del sistema contemporáneo, y la crisis actual, producto del desgaste de sus instituciones que están por cumplir medio siglo de vida.

El volumen se compone de seis artículos, dos de los cuales se presentan como interpretaciones generales de las causas, significado y proyecciones de los dos momentos críticos, y cuatro que analizan problemas específicos, a manera de situaciones ilustrativas de los desafíos que hoy tiene ante sí un sistema que hasta la fecha ha demostrado ser particularmente eficaz en el manejo del conflicto y la oposición.

Abre la serie un ensayo de Lorenzo Meyer, en el que argumenta la necesidad de resaltar los fenómenos propiamente políticos que llevaron a la formación y consolidación (1928-1940) del sistema autoritario que nos caracteriza y que poco ha cambiado desde entonces. Rechazando la interpretación generalizada que sostiene que la Gran Depresión determinó la crisis política interna que obligara a los gobiernos revolucionarios a dar una respuesta populista que incorporara a las masas al juego político, Meyer señala que México fue uno de los países menos afectados por la crisis del 29, dado que su economía no estaba centrada en el sector externo, pues la mayoría de su población económicamente activa estaba atada a una agricultura desligada del mercado mundial.

El factor que desatara la crisis política fue igualmente político: el asesinato de Obregón, que hizo renacer el enfrentamiento entre los grupos que reclamaban para sí la encarnación genuina de la revolución. Obregón obligó a Calles a echar mano de su habilidad e imaginación políticas, las cuales cuajaron en la organización de una colición de partidos (el PNR), que aglutinó a dichas fuerzas bajo el símbolo revolucionario. Con ello quedaron sentadas las bases de la institucionalización de nuestro actual sistema político.

Para explicar su prolongada estabilidad, Meyer se apoya en una categoría que en las últimas fechas ha cobrado gran popularidad entre los estudiosos preocupados por este fenómeno: el control político, o “capacidad de las autoridades para regular y dirigir la forma y contenido de las demandas y apoyos políticos al sistema, así como la naturaleza de los actores mismos” (p. 7). El autor rastrea el fortalecimiento de los gobiernos revolucionarios a través del proceso que les permitió ir controlando mediante alianzas y cooptaciones a las fuerzas sociales y a los factores de poder que les disputaban el dominio.

Después de narrar cómo se instauró la disciplina del partido oficial, que fuera borrando los conflictos entre las fracciones de la clase política y que consolidara tanto su monopolio como la supremacía del poder presidencial del que desde su nacimiento fuera dependiente, Meyer revisa el proceso por el cual este "sistema de control político" abandonó su compromiso con un orden popular y pluralista en aras de su hegemonía. Al lograr absorber en su seno a los grandes hilos del juego político (el partido circunscribió la competencia política), el sistema se institucionalizó sobre bases autoritarias y no democráticas como estipulara el proyecto revolucionario original.

No obstante, esta estructura autoritaria le ha dado al sistema un arma efectiva para resolver los problemas en el interior de sus propias fuerzas y para desarrollar mecanismos para inhibir el florecimiento de una poderosa oposición capaz de poner en peligro su permanencia.

En el marco del estudio de estos mecanismos, Olga Pellicer de Brody introduce los trabajos de coyuntura analizando el caso del henriquismo, para ejemplificar los obstáculos a los que se han enfrentado los intentos de articular una verdadera oposición, incluso institucional.

La oposición henriquista, que surgiera dentro de las filas del PRI a raíz del descontento que provocaran las medidas contrarrevolucionarias de la política alemanista y organizada en torno a la figura de un viejo general revolucionario, Miguel Henríquez Guzmán, tenía dos empeños: garantizar que la fracción por él representada permaneciera dentro de la élite en el poder y asegurar la participación efectiva del partido en la nominación presidencial. Este último era una flagrante violación a dos de las reglas de hierro del sistema: el secreto en torno a la designación presidencial y la participación restringida y, cabe agregar, exclusivamente sancionadora del partido.

El henriquismo se distingue de otros movimientos de oposición porque logró fácilmente su registro electoral como Federación de Partidos del Pueblo, gracias al prestigio de sus miembros, aunque no pudo sobrevivir a su derrota electoral porque su proyecto político no fue más allá de plantear el cambio de personalidades como método para reivindicar la vía revolucionaria. Esta restricción en su programa de acción impidió que se convirtiera en una amenaza al orden político.

La notable estabilidad que el sistema mexicano ha conquistado no es, sin embargo, su única fuente de legitimidad. También lo ha sido el crecimiento económico considerable que ha alcanzado. Empero, las políticas que frecuentemente han sostenido dicho crecimiento no han ayudado a que éste se traduzca en un verdadero desarrollo de nuestra economía.

En esta óptica, G. Gereffi analiza el caso de una de las áreas más dinámicas de la industria farmacéutica, la de las hormonas esteroideas. Al igual que la mayoría de las industrias mexicanas de rápido crecimiento, está dominada por capital y tecnología extranjeros. Siguiendo de cerca el proceso de auge-desnacionalización de este importante enclave de exportación en México, el autor se pregunta qué tanto el florecimiento alcanzado en este proceso responde a las necesidades del desarrollo nacional.

Para analizar la relación entre el control extranjero y el desarrollo nacional, el autor utiliza la categoría de la dependencia, considerada desde tres aspectos:

1. La estructura de la industria internacional de esteroides;
2. La estrategia global de las transnacionales en México, y
3. La falta de acción autónoma del Estado para establecer prioridades nacionales para el desarrollo.

A partir de aquí, Gereffi explica que el intento del Estado mexicano en 1975 de redefinir la dependencia mediante la creación de Proquívemex, empresa mexicana que debía negociar mejores precios para el barbasco (materia prima de los esteroides) y bienes para el mercado nacional, fue fallido debido a la posición desventajosa que en la estructura de la industria internacional de esteroides ocupa el Estado mexicano frente a sus compradores.

Sin considerar como posible salida arrancar el control a las transnacionales, el autor propone una solución bastante ambigua y no menos sumisa de amoldar la participación de las empresas extranjeras a las necesidades nacionales; es decir, aprender a convivir con ellas a manera de mal necesario. Por otra parte, esta solución no ha sido descartada ni siquiera verbalmente como método para superar la crisis económica actual.

Si bien es cierto que el sistema político mexicano ha sufrido pocos cambios en su estructura de dominación, sí ha tenido ante sí, sobre todo en los momentos de sucesión presidencial, problemas y situaciones muy distintas a las que se enfrentara en sus inicios y que han manifestado rasgos de debilidad.

Tal es el caso de la crisis que en 1975 sufriera el único partido de oposición que hasta el momento ha servido para romper la imagen de unanimidad del sistema. Carlos Arriola sitúa esta crisis del PAN en el contexto de un sexenio populista que intentara alentar la participación institucional para redinamizar el proceso de desarrollo y para inyectar legitimidad al sistema, pero que precisamente al abrir espacios políticos provoca la división de la opinión pública y aún de las distintas organizaciones del país.

La escisión del PAN no fue producto del enfrentamiento entre dos líderes que se disputaban el control del partido, sino entre dos concepciones opuestas sobre el papel que éste debe desempeñar: la corriente que lo concebía como gestor de intereses parciales (de las clases medias urbanas fundamentalmente) y como fiscal del régimen populista y aquella que pugnaba por un partido básicamente doctrinal y defensor del interés común.

Arriola propone una tesis sugerente según la cual el ascenso de la acción panista, esto es, los momentos en que su participación ha sido más agresiva (por ejemplo, el que le diera origen y el estudiado), ha surgido en periodos de efervescencia política que aunque no lo han sido realmente, sí se les ha interpretado como declaradamente contrarios a su ideología (cardenismo, echeverrismo).

En el mismo sentido de abordar los retos que las situaciones imprevistas plantean al sistema, Soledad Loaeza analiza la campaña de rumores desatada

a finales del sexenio pasado y los efectos de ésta como arma política contra la figura de Echeverría y como expresión de contradicciones entre los grupos de poder cuyo pacto político ha sido uno de los puntales de la estrategia económica y de la estabilidad política.

A partir del examen de la prensa, la autora compara la atmósfera política que rodeara a dos cambios de gobierno sucesivos: el de Díaz Ordaz y el de Echeverría; momentos en que el pacto entre los grupos de poder debe renovarse dado el carácter "personalista-presidencialista" del régimen que cada sexenio abre nuevas promesas.

El régimen diazordacista manifestó debilidad frente al desafío de las clases medias, revelándose altamente represivo. Al tomar Echeverría el poder, optó por la vía reformista: arrebató a la izquierda banderas progresistas para ganarse a los grupos que se habían marginado del sistema y emprendió una política de movilización popular. Todo esto provocó inquietud y cautela entre los empresarios. Empero, lo que hizo explotar la desconfianza al hacer evidente la falsedad de las declaraciones gubernamentales fue la devaluación. Ésta dio lugar a la circulación de murmuraciones que anunciaban repercusiones directas en la vida ciudadana.

Los rumores surtieron efecto no por ellos mismos, sino por las condiciones que los auspiciaron y no sólo desprestigiaron al régimen echeverrista, sino que agotaron las posibilidades del reformismo y mermaron la legitimidad de las instituciones.

Por último, el ensayo final a cargo de Manuel Camacho pretende cerrar el panorama de los problemas tratados analizando lo que denomina "nudos históricos" (límites y alternativas de cambio) del sistema actual.

Con el propósito de descubrir novedosas perspectivas teóricas para abordar el problema de estos nudos, Camacho propone la articulación de dos grandes escuelas de la ciencia política: la política comparada y el materialismo histórico. Rechazando tanto los procedimientos que aplican alguna corriente específica al estudio de fenómenos concretos, como aquellos de corte configurativo que no se ciñen a canon alguno, apoyándose en la interpretación libre, el autor sugiere un procedimiento metodológicamente nítido, pero que su ambicioso trabajo está muy lejos de cumplir:

enfrentar el sistema político concreto con el antecedente de la crítica a las perspectivas teóricas que lleve a formular hipótesis, proposiciones y preguntas para que... desde una visión teórica de alcance medio podamos ascender, enriqueciendo o replanteando las abstracciones más generales de algunas de las perspectivas teóricas (p. 157).

En efecto, el autor parte por explorar las posibilidades de tender un puente entre las dos estrategias teóricas. Sin embargo, si bien sí se adentra críticamente en los diversos supuestos de la política comparada, concluyendo que ésta carece de los instrumentos apropiados para aproximarse a los nudos históricos, no hace lo mismo con los postulados marxistas (concretamente gramscianos), cuya revisión resulta relativamente superficial.

Su esfuerzo por integrar la teoría política de Gramsci con la política comparada sólo alcanza para precisar dos conceptos centrales: Estado y sistema político. Pero nunca llega ni siquiera a reconocer que no existe correspondencia conceptual ni son susceptibles de fusión debido a que parten de fundamentos y concepciones radicalmente distintos respecto de la naturaleza de la política.

Camacho pretende haber vinculado satisfactoriamente esta parte de su trabajo con la segunda, en la que entra de lleno en materia simplemente señalando que no se trató de un marco teórico, sino de una crítica a distintas perspectivas.

Para designar los obstáculos a los que se enfrenta el sistema mexicano actual y desprender sus alternativas de cambio, el autor describe primero sus instituciones y funciones distintivas y concluye, compartiendo la afirmación de Meyer en el primer ensayo, que el sistema ha conservado sus características desde 1940, pero con la salvedad de que los cambios que sí ha sufrido la realidad social lo han afectado.

La diferenciación social, dice el autor, ha producido cambios en la composición de las fuerzas políticas que se manifiestan en nuevos movimientos de oposición. Sin embargo éstos no han llegado a forzar al sistema a modificarse sustantivamente. La interrogante sigue, pues, pendiente.

El sistema conserva aún su capacidad de subsistencia, pero las soluciones que ofrece son cada vez menos duraderas y de mayor costo. Ésta es la prueba, agrega Camacho, de que el sistema está próximo a sus límites.

Camacho prevé que en un futuro cercano el sistema tendrá que optar por alguna dirección so pena de caer en una crisis de subsistencia y ya no en un mero nudo histórico. Contempla cinco posibles direcciones: la argentinización, la revolución socialista, el nacionalismo autoritario, el régimen burocrático-tecnocrático militar y la democracia representativa. Después de subrayar el significado de cada una, el investigador concluye con una aseveración bastante obvia de que las posibilidades de cambio dependerán de las nuevas fuerzas sociales y políticas que se vayan conformando y de la manera como el sistema se relacione con ellas.

Jacqueline Peschard